

Como quiera que sea, es digno de notar que en todas las épocas de conmociones sociales se hallan en las sociedades cristianas dos guerras simultáneas y contemporáneas, la guerra hecha á la propiedad y la guerra hecha á la pobreza. Ya en la edad media se habian visto síntomas de este paralelismo singular entre el odio á la pobreza y el odio á la propiedad. Viéronse en aquel tiempo bandas armadas correr los caminos de Europa pidiendo la reparticion de la riqueza, amenazando los castillos señoriales, negando el derecho de propiedad como una invencion de Satanas; pero en el mismo tiempo ó á lo ménos sobre la misma época se hacia la guerra á los nuevos institutos que acababan de aparecer como las mas sublimes glorificaciones de la pobreza. Los hijos de san Francisco y de santo Domingo que echaban sobre la pobreza cristiana los reflejos del talento y de la santidad, eran denunciados como enemigos de la sociedad. Por manera que se amenazaba á la vez á los libres poseedores y á los despojados voluntarios de los bienes de este mundo.

Mas tarde, una guerra mas terrible fué declarada á los pobres de Jesucristo. Un fraile apóstata dió la señal: un hombre que habia llevado él mismo la santa librea de la pobreza, se puso al frente de aquella guerra inaudita que se declaró á la pobreza. A aquellos pobres, acusados de ser demasiado ricos, se los despojó como violadores de la ley de Cristo. Abusos particulares sirvieron de pretexto á aquella insurreccion, que impelida por la codicia marchaba á la ruina de la pobreza; y viéronse ricos enriquecerse aun con los despojos de los pobres.

Pero mientras la codicia de los grandes suscitaba esta guerra contra la pobreza, la codicia de los pequeños suscitó una guerra contra la propiedad. Fuéronse nuevos hermanos con la espada en una mano y el evangelio en la otra á pedir á los ricos que restituyeran á la comunidad ultrajada las largas usurpaciones de los siglos. Degüellos y devastaciones que tenian por objeto hundir la propiedad en la sangre de los propietarios, respondian á las devastaciones que tenian por objeto suprimir la práctica de la pobreza mediante el despojo ó el asesinato de los pobres de Jesucristo.

Abrióse posteriormente una nueva fase, en la que pudo verse, y puede aun á estas horas contemplarse esta coincidencia histórica entre

la guerra hecha á los propietarios y la guerra hecha á los pobres. En una época que será siempre famosa en la historia, cualquiera que sea el punto de vista en que uno se coloque para juzgarla, viéronse reproducir estas dos tendencias en el movimiento general en el que tantas cosas estaban mezcladas. Ideólogos de aquel tiempo pidieron y obtuvieron la supresion de los votos de pobreza: pero al mismo tiempo pidieron otros ideólogos la revision del derecho de propiedad. Y mientras que por una parte se hizo una herida profunda á la pobreza evangélica decretando la expulsion ó la disolucion de las órdenes religiosas, se hacia por otra parte á la propiedad una herida cuyo rechazo ha tenido eco en nuestras revueltas, decretando la supresion de los bienes de la Iglesia, cuya propiedad tenia por base las donaciones voluntarias del amor, y por manifestacion la luz de la historia. Los hombres que habian emprendido en aquel tiempo destruir en un dia la propiedad de la Iglesia y la obra de los siglos, no advertian que con sus manos sacaban de su quicio los mojones de sus campos: se les ocultaba, que el golpe que daban contra un dominio, cuya legitimidad racionalmente incontestable solo las pasiones podian impugnar, debia hacer rechazo sobre su propio dominio: y entónces, una vez suprimida la propiedad de la Iglesia por motivos que tenian á la justicia indignada, ¿quién podia impedir mas tarde, que las codicias volviesen contra toda propiedad las razones alegadas contra la propiedad de la Iglesia?

Y en efecto, los hombres mismos que aplaudieron el despojo de la Iglesia y la expulsion de los pobres de Jesucristo, han visto con asombro y llenos de espanto, que el error contemporáneo hacia bambolear debajo de sus piés la propiedad de sus dominios con las mismas máquinas que sus antepasados habian levantado contra la propiedad de la Iglesia. Vosotros habeis visto con vuestros propios ojos empezar de nuevo la guerra hecha á la propiedad; unas veces sorda y otras manifestada; ora tímida, ora atrevida; y tan bien lo habiais comprendido todos, que por un momento creísteis que sería necesario tomar las armas, no ya para defender la patria contra la invasion extranjera, sino para defender vuestro hogar contra los bárbaros de vuestro país.

Lo que digo aquí respecto á la corriente de las ideas hostiles á la propiedad, no es mas que para despertar vuestros recuerdos, y sé muy bien que vuestros pensamientos sobre esta materia van mucho mas

léjos que mi palabra : pero lo que importa hacer os observar es la coincidencia de esta guerra con la guerra hecha á la pobreza. Profundizad el corazón de estos estrepitosos enemigos de los propietarios : allí hallaréis también odios contra los hombres que profesan la pobreza. Entre esos novatores generosos que no piensan sino en arrojaros á vosotros y á vuestros hijos de la herencia de vuestros padres, no hay uno siquiera que no piense en arrojar de sus retiros pacíficos todos los pobres de Jesucristo. Sí, á esos pretendidos amigos del pueblo pobre, el vestido de la pobreza inspira un horror indecible : el capuchino, que no pide á las potestades sino su puesto para ver el sol, es para ellos el enemigo que amenaza devorarlo todo : su hábito es á su modo de ver la consagración por la Iglesia y la tolerancia por el Estado de la cosa más despreciada y más execrada, es la tolerancia y la consagración de la pobreza : tender la mano para invocar en nombre del amor de Dios el socorro del amor fraternal, les parece como el mayor oprobio de nuestra humanidad.

¡Ah! guardaos bien de hacer vosotros mismos la guerra á los pobres voluntarios ó de conspirar con aquellos que se la hacen, porque en el fondo de esas persecuciones que amenazan la libertad de los pobres de Jesucristo, se agitan ambiciones que amenazan el derecho mismo de la propiedad; y quizás un día seréis castigados por el despojo de vuestras riquezas, de aquella guerra inconsiderada hecha á los discípulos de la pobreza. Todavía lo repito, guardaos bien de hacer la guerra á los pobres de Jesucristo, porque en el corazón de aquellos que la hacen he descubierto instintos satánicos : el demonio del mal sopla en el corazón de los hombres codiciosos esos odios contra los pobres voluntarios. Esas guerras hechas á los pobres de Jesucristo son para los ricos, preludios de catástrofes. En todos lugares y tiempos veréis que la impiedad malvada, perversa, rencorosa, cuando se ve dueña de un pueblo despliega su infame poder en arrojar de sus moradas á pobres desarmados; y en todas partes, los mismos hombres dispuestos siempre á derribar la puerta de un convento para arrojar de allí á los pobres, se hallarían dispuestos también en el día de su triunfo á derribar la puerta de los grandes dominios para arrojar de ellos á los ricos. Y después de tantas experiencias ¡todavía tenemos en el mundo grandes políticos que creen ver el peligro de los Estados en algunos

pobres reunidos para orar entre paredes desnudas! *Et nunc, reges, intelligite.* ¡O reyes de la tierra! ¡ó vosotros también, propietarios, que sois como reyes en vuestros dominios! ¡cuándo comprenderéis donde están vuestros verdaderos enemigos? Vuestros enemigos no son, no, aquellos que quieren despojarse á sí mismos por tener la dicha de ser pobres con Jesucristo; vuestros enemigos son aquellos que quisieran despojar á los otros, y si conviniera, destruir los Estados para enriquecerse con los despojos de los príncipes y las ruinas de las naciones.

Yo digo todo esto, Señores, con grande intrepidez : apóstol del Evangelio y pobre de Jesucristo, mi deber primero es no temer nada, y solo me espanta una cosa, el no decir bastante la verdad. El hombre, la familia, el pueblo, todos nos hallamos en una corriente opuesta á la del Evangelio. De dos cosas la una es inevitable : ó vosotros la subiréis volviendo al Evangelio, ó vosotros la bajaréis alejándoos de él. La corriente del siglo es el amor de la riqueza, la corriente del Evangelio es el amor de la pobreza; seguidla pues, porque ella es la que da al hombre su grandeza, y á la sociedad su fuerza. Y tomando partido por la pobreza evangélica, afianzaréis en derredor de vuestros dominios el más recio baluarte de la propiedad : porque estas dos cosas, pobreza y propiedad, libre abdicación y libre posesión de la riqueza, están perpetuamente unidas, tanto en la naturaleza de las cosas, como en los acontecimientos de la historia.

Y ya que ello es así, permitidme que al concluir os pida que practiquéis á la vez la una y la otra. Una obra se recomienda á vosotros por un grande interés moral, religioso y social, y es la obra que se llama de santa Genoveva, especialmente cara á Su Eminencia, y establecida de algunos años á esta parte con el objeto de restablecer las costumbres y la religión en las cercanías de esta capital. Dad, Señores, para esta obra fecunda que ha tenido ya tan grandes resultados; y dando libremente á vuestros hermanos una parte de lo que os pertenece, haced estos dos actos simultáneos : un acto de propiedad que atestigüe el derecho de los ricos, y un acto de caridad que alivia las necesidades de los pobres.

CONFERENCIA SEXTA.

EL PROGRESO CRISTIANO POR EL AMOR DE JESUCRISTO.

EMINENTÍSIMO SEÑOR,

La tercera reaccion progresiva del cristianismo contra la concupiscencia es la reaccion de la pobreza contra la codicia. La práctica de la pobreza cristiana ó de la abdicacion voluntaria de lo creado por amor al Criador ha devuelto al hombre su verdadera grandeza, y le ha restituido principalmente estos tres caracteres que completan la majestad de la fisonomía humana : la magnanimidad, la libertad, la intrepidez. Ella fué un progreso, porque fué un engrandecimiento del hombre.

La pobreza cristiana ha hecho todavía mas : ella ha asegurado á la sociedad el principio de su estabilidad, condicion de todo progreso verdadero. La estabilidad social descansa sobre el derecho de la propiedad como sobre su base necesaria; y la pobreza cristiana manifiesta ser el mas firme baluarte de la propiedad. Considerada en sí misma, es el desprendimiento de la posesion : ella disminuye ó extingue en los corazones el deseo de poseer, y así suprime ó disminuye la causa que hace obstáculo al derecho de propiedad, es decir el deseo inmoderado de la posesion. Considerada en la historia, se presenta invariablemente enlazada con los destinos de la propiedad. La guerra hecha á los pobres de Jesucristo acaba por ser en todas partes la guerra hecha á los propietarios; y los libres poseedores y los despojados voluntarios de los bienes de este mundo, por una afinidad que parece contradictoria, encuentran los mismos enemigos.

Lo que hemos dicho sobre esta materia, se aplica á todos aquellos